

ALEX CALLINICOS

LA TEORÍA SOCIAL ANTE LA PRUEBA DE LA POLÍTICA: PIERRE BOURDIEU Y ANTHONY GIDDENS

La década de 1990 se ha presentado bajo un aspecto particularmente contradictorio para los teóricos sociales. Por un lado, el clima ideológico estaba dominado por el colapso de la Unión Soviética y sus extensiones en Europa del Este. Aunque las tendencias intelectuales de mayor repercusión adoptaron distintas formas, por ejemplo, la declaración de Fukuyama del fin de la Historia y la implantación del posmodernismo como la ortodoxia reinante en amplias zonas del mundo académico, todas sacaron la misma conclusión: el capitalismo liberal había triunfado definitivamente sobre cualquier otra alternativa factible. Una generación antes, Sartre había calificado el marxismo como «el humus de todo pensamiento particular y el horizonte de toda cultura»¹. En este contexto, el liberalismo se convirtió en el marco global en el que tenía lugar el debate político, social y económico. Si este debate hasta entonces había tenido que tener en cuenta los méritos de sistemas sociales rivales, desde este momento, en el mejor de los casos, la elección era entre diferentes tipos de capitalismo².

Hasta aquí todo resulta familiar. Pero más allá del mundo académico y del de los creadores de opinión, las sociedades capitalistas avanzadas continuaron exhibiendo los defectos estructurales que habían motivado la originaria búsqueda de algo mejor. No sólo persistieron las mismas injusticias y sufrimientos de antes, sino que incluso aumentaron. Las desigualdades socioeconómicas en la mayoría de las democracias liberales occidentales y la pobreza absoluta se incrementaron, mientras los regímenes presupuestarios neoliberales hicieron reducciones, a menudo drásticas, en la provisión del bienestar. Mientras tanto, durante casi una década, dos de las tres principales zonas del capitalismo avanzado –Japón y la Europa continental– sufrieron un estancamiento económico crónico. El resultado fue un proceso de polarización de clase que, en algunos países, provocó enfrentamientos sociales a gran escala. En Francia, donde tuvieron lugar los conflictos más intensos, especialmente las huelgas del sector público de noviembre y diciembre de 1995, *la fracture sociale* se con-

¹ J.-P. Sartre, *Critique de la raison dialectique*, I, París 1960, p. 17. [Ed. cast.: *Crítica de la razón dialéctica*, Losada, Buenos Aires, 1979.] Expreso mi agradecimiento a Perry Anderson, Tom Baldwin, Sebastián Budgen (su aportación de los textos pertinentes fue de gran ayuda), Matt Matravers y Susan Mendus por sus comentarios al borrador de este artículo.

² Véase M. Albert, *Capitalism Against Capitalism*, Londres, 1993.

virtió en un tema de gran importancia en el debate político e intelectual³. La reacción social ante la polarización de la sociedad llevó al poder a los partidos socialdemócratas en gran parte de la Unión Europea en la segunda mitad de la década de 1990.

Una prueba crucial para cualquier teoría social que aspire a ser real, que busque engranarse con el presente, reside en su capacidad para interpretar con éxito este tenso estado de cosas. Para contextualizar una interpretación de este tipo, el analista debe enfrentarse a la siguiente cuestión: ¿cuál es, como solían decir los maoístas, el aspecto dominante de la contradicción? ¿Es el triunfo ideológico del liberalismo o es la *fracture sociale* y los conflictos y movimientos que conlleva? Mucho depende de la respuesta que se dé a esta cuestión y, sobre todo, de si se reconoce o no la existencia de esta contradicción; porque uno de los aspectos más chocantes del estado presente de la teoría social es la resistencia de muchos a reconocer la existencia de este proceso de polarización social al que se hizo referencia en el párrafo anterior. El interés de los libros que reseñamos, escritos por dos importantes sociólogos, Pierre Bourdieu y Anthony Giddens, reside en que encarnan dos respuestas muy distintas a esta situación⁴.

Caminos paralelos

Bourdieu y Giddens son, en cierto sentido, figuras comparables. Ambos empezaron a destacar en la década de 1970, en un clima intelectual muy distinto del actual. El renacimiento del marxismo en el mundo académico, que fue posible gracias a los tumultos de la década anterior, estableció un programa al que tenían que responder los teóricos sociales de actitud crítica de otras convicciones. Al mismo tiempo, una categoría filosófica que previamente no había sido cuestionada abiertamente por ninguna variante de la teoría social —el sujeto, entendido como un centro independiente de decisiones y a menudo también como garantía de los enunciados del conocimiento— fue destronada y desmantelada por las diferentes versiones del estructuralismo y, más tarde, del postestructuralismo procedentes de París⁵.

De este trasfondo emergieron tanto Giddens como Bourdieu. Intelectualmente, pretendían ocupar un espacio entre la tradición sociológica clásica y el materialismo histórico. Ambos, quizá Bourdieu con más rapidez, rechazaron las pretensiones de una ciencia social supuestamente libre de valores. Los dos eran teóricos sociales críticos preocupados por sacar a la luz las raíces de la dominación social como parte de lo que parecía ser, aunque estaba especificado con cierta vaguedad, un proyecto emancipatorio; al mismo tiempo, sin embargo, intentaban distanciarse de lo que desechaban como ortodoxia de izquierdas. Metodológicamente, ambos intentaron encontrar una *via intermedia* entre, por un lado, la disolución antihumanista del sujeto llevada a cabo

³ Para un examen incisivo y una intervención en estos debates, véase S. Bérout et al., *Le Mouvement social en France*, París, 1998.

⁴ P. Bourdieu, *Contre-feux: Propos pour servir à la résistance contre l'invasion néo-libérale*, Editions Raisons d'Agir, París, 1998. [Ed. cast.: *Contrafuegos: reflexiones para servir a la resistencia contra la invasión neoliberal*, Anagrama, Barcelona, 1999.] Y A. Giddens, *The Third Way: The Renewal of Social Democracy*, Polity, Cambridge, 1998. [Ed. cast.: *La tercera vía*, Taurus, Madrid, 1999.]

⁵ Los rasgos dominantes de esta coyuntura intelectual están bien retratados en P. Anderson, *In the Tracks of Historical Materialism*, Verso, Londres, 1983. [Ed. cast.: *Tras las huellas del materialismo histórico*, Siglo XXI, Madrid, 1986.]

por el estructuralismo y el postestructuralismo y probablemente también implícita en la sociología funcionalista, y, por otro, la reducción de las estructuras sociales a emanaciones de la subjetividad individual, propia tanto de la teoría de la elección racional como de la tradición fenomenológica.

De ambos, probablemente se le reconocerán a Bourdieu los logros más sustanciales: especialmente en *Distinction* (1979)⁶, su gran estudio sobre el funcionamiento de los juicios estéticos como formas de discriminación social. Pero nadie podrá despachar como baladí el trabajo de Giddens. Particularmente, su *A Contemporary Critique of Historical Materialism* (1981) supuso un poderoso desafío a las pretensiones marxistas de comprender el curso de la historia humana, y por eso sirvió de heraldo de las grandes sociologías históricas weberianas publicadas más tarde por Michael Mann y W. G. Runciman⁷. El progreso de Bourdieu y Giddens hasta posiciones destacadas en el mundo académico —una cátedra en el Collège de France y la dirección de la London School of Economics, respectivamente— no supuso por lo tanto ninguna sorpresa.

Anthony Giddens: ¿renovando la socialdemocracia?

A pesar de los paralelismos, sin embargo, los nuevos libros de Giddens y de Bourdieu representan dos trayectorias claramente diferentes en respuesta a la situación bosquejada al comienzo de este artículo. Si nos centramos en primer lugar sobre *The Third Way*, de Anthony Giddens, no será injusto decir que supone una definitiva reconciliación con el capitalismo liberal. Esto resulta, en cierto sentido, irónico, ya que éste es el libro más abiertamente político de Giddens, que pretende, de forma más explícita y sistemática que en obras anteriores, proponer una estrategia para la izquierda. Pero lo hace desde un marco descaradamente afín al Nuevo Laborismo: describir a Giddens como el sociólogo favorito de Tony Blair se ha convertido en un cliché de los medios de comunicación.

El punto de partida de *The Third Way* es «la muerte del socialismo», «al menos como sistema de gestión económica»⁸. ¿Dónde queda entonces la izquierda? El problema, argumenta Giddens, es cómo trascender el falso dilema entre socialdemocracia clásica y neoliberalismo. Como este dilema es una versión muy pobremente disfrazada de la dicotomía estándar acuñada por Blair entre el viejo laborismo y conservadurismo de Thatcher, el primero irredimiblemente estatista y colectivista y el segundo comprometido con el «fundamentalismo del mercado», no resulta sorprendente que la *Aufhebung* tome la forma de la tercera vía. Esta expresión se ha convertido, evidentemente, en el programa político de las Administraciones de Blair y de Clinton en lados opuestos del Atlántico. Como Giddens ha participado en seminarios en la Casa Blanca dedicados al examen de los fundamentos filosóficos de estos programas políticos, está especialmente bien cualificado para interpretar la fórmula.

Los resultados son descorazonadoramente pobres. *The Third Way* debe ser uno de los peores libros escritos por un teórico social destacado. Sería exage-

⁶ P. Bourdieu, *Distinction*, Londres, 1984. [Ed. cast.: *La distinción: Criterio y bases sociales del gusto*, Taurus, Madrid, 1998.]

⁷ Para las respuestas marxistas a *A Contemporary Critique*, véase E. O. Wright, «Giddens' Critique of Marxism», *NLR* 138, marzo-abril de 1983, y A. Callinicos, «Anthony Giddens: A Contemporary Critique», *Theory and Society*, 14, 1985.

⁸ Giddens, *The Third Way*, pp. 2-3.

rado decir que se lee como un discurso de Blair bien redactado, pero la exageración capta algo del carácter del libro. Giddens pasa a toda velocidad por encima de una sucesión de grandes cuestiones teóricas –las críticas a la teoría de la globalización (de la cual ha sido uno de los principales promotores) son descartadas en un par de párrafos– para poder llegar al corazón del libro, que supone un intento de conformar el programa político de Blair y Clinton. Este último se resume en la siguiente lista, procedente de uno de los múltiples cuadros que inundan el libro:

El programa de la tercera vía

El centro radical
El nuevo Estado democrático (el Estado sin enemigos)
Sociedad civil activa
La familia democrática
La nueva economía mixta
Igualdad como inclusión
Bienestar positivo
El Estado de la inversión social
La nación cosmopolita
Democracia cosmopolita⁹

Los eslóganes de esta lista no son tan vacuos como pudieran parecer a primera vista, pero tienden a confundir el deseo con la realidad y contienen un mayor o menor grado de redefinición tácita de los términos. Así pues, sólo ignorando firmemente las principales tendencias de la política mundial, es posible impedir que el concepto de «nación cosmopolita» cruce la línea que separa lo razonable de lo absurdo. La idea asociada del «Estado sin enemigos» nos conduce, sin embargo, al campo de la mera apología, dada la determinación de la Administración Clinton (normalmente seguida de cerca por el Nuevo Laborismo) de construir y demonizar enemigos –ayer Saddam Hussein, hoy Slobodan Milosevic, mañana quizá China– contra los cuales se prepara, se amenaza e incluso se hace la guerra.

Dicho de otro modo, Giddens no abandona el objetivo de disminuir las desigualdades de riqueza y renta, pero al redefinir la igualdad como inclusión, no dirige la atención a la consecución de este objetivo, sino a la aplicación de políticas diseñadas para recrear o inventar un sentimiento de pertenencia a la misma sociedad, vigente tanto en el vértice como en la base de la misma. En este sentido, «limitar la exclusión voluntaria de las elites es de central importancia para la creación de una sociedad más inclusiva en los estratos inferiores». El que la «sociedad inclusiva» sea perfectamente coherente con la persistencia de la desigualdad social se pone de manifiesto cuando se incluye la «*meritocracia* limitada» entre los rasgos definitorios de una sociedad de este tipo¹⁰.

Bradley y Blair

Ciertamente, la visión de Giddens de la socialdemocracia contemporánea transmite una sensación profundamente hegeliana. Se evoca la imagen de un

⁹ *Ibid.*, p. 70.

¹⁰ *Ibid.*, p. 105.

orden social complejo y estructurado, en el que el individuo es libre de buscar gratificaciones privadas siempre que reconozca los deberes vinculados a la ciudadanía. Otro de los cuadros que recoge los «Valores de la tercera vía» contrasta la «Libertad como autonomía» con la exigencia de que no haya «Derechos sin responsabilidades»¹¹. Por supuesto, el énfasis en los deberes como opuestos a los derechos ha caracterizado el «proyecto» del Nuevo Laborismo desde el principio¹². En manos de Giddens, sin embargo, forma parte de un esfuerzo mayor por mantener unido un conjunto de requisitos mutuamente contradictorios dentro de una totalidad más o menos armónica. Resuenan ecos lejanos del famoso ensayo de F. H. Bradley, «My Station and its Duties».

Giddens, de hecho, es susceptible de recibir en muchos aspectos la misma crítica que recibieron los hegelianos ingleses, a saber, la utilización de un lenguaje pomposo que hace que conflictos reales pasen inadvertidos. Un chocante ejemplo de esta tendencia es su discusión acerca de la tercera edad. Propone que «deberíamos tender hacia la abolic n de la edad fija de jubilación y deberíamos considerar a la gente mayor como un recurso y no como un problema. La categoría de pensionista dejar  entonces de existir»¹³. Giddens no pretende sugerir, como alegremente infirieron los periodistas *torys*, que el problema de la vejez y de cómo financiarla vaya a desaparecer mediante una simple redefinición de las categorías, pero su implacable flujo de verborrea edificante puede perfectamente llevar a un lector impaciente o confuso a pensar que lo hace¹⁴.

A través de todo esto, Giddens mantiene una postura lo suficientemente crítica y bien informada como para no caer en los peores excesos del blairismo. Escribe, por ejemplo, que «la idea de que la educación pueda reducir directamente las desigualdades debe ser contemplada con cierto escepticismo». Gran parte de la investigación comparativa, realizada en Estados Unidos y en Europa, demuestra que la educación tiende a reproducir las desigualdades económicas más considerables, que deben ser atajadas en su ra z¹⁵. El sentido básico de estos y otros comentarios es ubicar a Giddens en el ala izquierda del admitidamente ya muy reducido espectro político constituido por el Nuevo Laborismo¹⁶.

De todos modos, *The Third Way* no es tanto un poderoso argumento a favor de una socialdemocracia renovada, como un síntoma, más bien deprimente, de la evolución social y política del propio Giddens hacia la derecha. Teóricamente, la fase decisiva de este proceso parece estar en sus escritos sobre la «modernidad tardía» de principios de la década de 1990¹⁷. En ellos se refleja el impacto que tuvo sobre su pensamiento la teoría de la modernización

¹¹ *Ibid.*, p. 66.

¹² Véase, por ejemplo, Blair, 1995, *Spectator/Allied Dunbar Lecture*, *Spectator*, 25 de marzo de 1995.

¹³ Giddens, *The Third Way*, p. 120.

¹⁴ W. G. Runciman recogió, con malicioso placer, la capa de hostilidad con la que cubrió el *Sunday Telegraph* este pasaje: véase «Diary», *London Review of Books*, 10 de diciembre de 1998, p. 33.

¹⁵ Giddens, *The Third Way*, p. 110.

¹⁶ Gregory Elliot hace notar estas tensiones en su mordaz «Via Dollar\$», *Radical Philosophy* 94, 1999, p. 3.

¹⁷ Véase especialmente A. Giddens, *The Consequences of Modernity*, Cambridge, 1990, y *Modernity and Self-Identity*, Cambridge, 1991. [Ed. cast.: *Consecuencias de la Modernidad*, Alianza, Madrid, 1997, y *Modernidad e identidad del yo: el yo y la sociedad en la época contemporánea*, Pen sula, Barcelona, 1997.]

reflexiva propuesta por Ulrich Beck en *Risk Society* (1986). Beck argumenta, en efecto, que el proceso de modernización de finales del siglo xx se alimenta crecientemente de sí mismo. Las estructuras constitutivas de la sociedad industrial —clase social, familia nuclear, organización burocrática— están siendo minadas progresivamente por un proceso de «individualización» que hace al individuo responsable tanto de la construcción de su identidad personal como de su posición en el mercado laboral. El resultado es un «capitalismo *sin* clases, pero con desigualdades sociales individualizadas», donde el conflicto se desplaza de la estructura de clases a la lucha de hombres y mujeres por renegociar continuamente sus relaciones personales, y a los movimientos que intentan reaccionar ante las nuevas formas de riesgo generadas por las consecuencias inesperadas de la aplicación sistemática del conocimiento científico a la dominación de la naturaleza¹⁸.

Libertad y riesgo

Giddens sigue a Beck al enfatizar las posibilidades de realización individual que ofrece la «modernidad tardía». La crítica marxista de la alienación no acierta en el blanco. «La modernidad expropia, eso es innegable», pero, a pesar de todo, la erosión que produce sobre las anteriores formas de dominación «posibilita maneras de controlar las circunstancias vitales que resultaban inalcanzables en el entorno premoderno». Liberado de la tutela de la tradición y de la familia, el yo se convierte en «un proyecto reflexivo, del que es responsable el individuo»¹⁹. Giddens rechaza las reservas expresadas por las «críticas de izquierdas» sobre:

[...] el nuevo individualismo. ¿La autorrealización, la realización del potencial, son acaso algo más que formas de charlatanería terapéutica, o de autoindulgencia del opulento? Evidentemente puede ser así, pero no considerarlo como nada más que eso sería obviar un tremendo cambio en las aspiraciones de la gente. El nuevo individualismo va acompañado de presiones hacia una mayor democratización²⁰.

Incluso cuando uno consigue reprimir la sospecha de que esta defensa del «nuevo individualismo» puede proporcionar la conveniente legitimación teórica a la búsqueda de votos para el Nuevo Laborismo en Inglaterra central, uno se sigue preguntando si la «libertad como autonomía» abarca algo más que las opciones individuales. Concretamente, ¿ha aumentado el control democrático sobre el contexto objetivo de estas elecciones en la «modernidad tardía»? La argumentación de Giddens no contempla que haya sido así. Al contrario, retoma uno de los principales temas de Beck, a saber, que la humanidad se enfrenta a riesgos imprevistos y sin precedentes, que surgen de sus esfuerzos por controlar la naturaleza en el proceso que la dota de un carácter específico:

El riesgo se refiere a los peligros que tratamos de valorar y a los que activamente tratamos de enfrentarnos. En una sociedad como la nuestra, orientada hacia el futuro y saturada de información, el tema del riesgo unifica áreas de la política que de

¹⁸ U. Beck, *Risk and Society*, Londres, 1992, p. 88. [Ed. cast.: *La sociedad del riesgo*, Paidós, Barcelona, 1998.] Para una discusión crítica de la «modernidad tardía» de Beck y Giddens, véase A. Callinicos, *Social Theory*, Cambridge, 1999, pp. 299-305. Se puede encontrar una crítica que sigue una línea argumental similar, desde una perspectiva que podría llamarse marxista-laciana, en S. Zizek, *The Ticklish Subject*, Verso, Londres, 1999, cap. 6.

¹⁹ Giddens, *Modernity and Self-Identity*, pp. 192, 75.

²⁰ Giddens, *The Third Way*, p. 37.

otro modo serían dispares: la reforma del Estado del bienestar, el compromiso con los mercados financieros mundiales, las respuestas a los cambios tecnológicos, los problemas ecológicos y las transformaciones geopolíticas. Todos necesitamos protección frente al riesgo, pero también capacidad para afrontar y correr riesgos de forma productiva²¹.

En este texto encontramos dos rasgos interesantes. En primer lugar, la administración del riesgo se convierte en el tema unificador de la política contemporánea. Todos los grandes problemas –o, más bien, la mayor parte de ellos, a no ser que la reducción de la pobreza y de las desigualdades se suponga cubierta por la «reforma del Estado del bienestar»– resultan ser cuestiones de valoración del riesgo. Es difícil no ver esto como una desideologización efectiva de la política, cuando esta última se ve reducida a una manera de solucionar problemas. No es de extrañar que Giddens incluya entre los valores de la tercera vía el «conservadurismo filosófico», que impone, entre otras cosas, «una actitud pragmática frente al cambio»²². Los fantasmas de Daniel Bell y, ciertamente, de Harold Wilson están al acecho en el trasfondo.

En segundo lugar, al ampliar la categoría de riesgo, Giddens se aleja del interés mostrado por Beck en las consecuencias medioambientales que se derivan de la intervención humana en la naturaleza. Es digno de notar que en las primeras posiciones de la lista de actividades de riesgo aparece el «compromiso con los mercados financieros mundiales». En otros lugares, Giddens hace de los mercados de inversión el principal ejemplo de lo que llama «*entornos de riesgo institucionalizados* que afectan a las posibilidades de vida de millones de personas»²³. Al incluir así las fluctuaciones del capital-dinero bajo la categoría general de riesgo oscurece distinciones que es importante mantener. Cualquier sociedad concebible que acepte los logros científicos y tecnológicos de la modernidad occidental durante los últimos tres siglos seguirá interviniendo en el mundo físico a gran escala. Este tipo de intervenciones producirá inevitablemente consecuencias imprevistas que conllevarán efectos negativos tanto sobre la humanidad como sobre la naturaleza, aunque un argumento a favor de la planificación socialista sea que la sustitución de la acumulación competitiva de capital por un control colectivo y democrático de los recursos productivos minimizaría este tipo de consecuencias.

La naturalización de las finanzas

Es evidente que este tipo de riesgo es inherente a cualquier proceso de trabajo y que forma parte de lo que Marx llama «la eterna condición impuesta por la naturaleza a la existencia humana», aunque es indudable que su importancia ha aumentado desde la Revolución industrial²⁴. Pero, en todo caso, supone una forma de riesgo significativamente diferente a la que surge en los mercados financieros. En este caso, el problema proviene de que la emergencia del dinero crediticio en el capitalismo estimula el desarrollo de mercados extremadamente móviles para los activos financieros cuyas fluctuaciones pueden empobrecer, no sólo a algunos de los que especulen con ellos, sino, cosa mucho

²¹ *Ibid.*, p. 64.

²² *Ibid.*, p. 68.

²³ *The Consequences of Modernity*, pp. 124-125.

²⁴ K. Marx, *Capital*, vol. I, Harmondsworth 1976, p. 290. [Ed. cast.: *El capital*, Akal, Madrid, 1998.]

más grave, a regiones y países enteros, como muestran claramente las consecuencias del colapso financiero asiático, y que pueden incluso, como en 1929-1931 y quizá en 1998-1999, provocar depresiones globales. Al clasificar las oscilaciones de los mercados financieros bajo la categoría general de riesgo, Giddens nos incita también a contemplarlos como rasgos transhistóricos de la existencia humana. De una forma que la crítica de Marx a la economía política clásica ya ha hecho familiar, el capitalismo –del que evidentemente los mercados financieros son un rasgo central– se convierte en una segunda naturaleza, el horizonte inevitable de la vida social del mundo moderno.

Giddens no sólo se apoya en la subrepticia identificación de lo transhistórico y lo contingente para llegar a sus conclusiones, sino que afirma que «nadie tiene alternativas al capitalismo»: la única discusión posible en la actualidad versa sobre «hasta qué punto, y de qué maneras, debería ser gobernado y regulado».²⁵ En estas discusiones, Giddens se sitúa firmemente en el campo de los que abogan por una regulación relativamente robusta en particular de los mercados financieros. Pero sus comentarios sobre cuestiones económicas combinan la extrema vaguedad con la tendencia a confundir el deseo con la realidad a la que nos referíamos antes. Así, en sus anteriores escritos atacaba el socialismo por confiar en «un "modelo cibernético" de vida social» según el cual «la mejor manera de organizar un sistema (en el caso del socialismo, la economía) es subordinarlo a una inteligencia rectora (el Estado)». Este modelo no puede funcionar en los sistemas «extremadamente complejos» de la modernidad tardía, cuya «coherencia depende de una gran cantidad de variables a pequeña escala (proporcionada por una multiplicidad de precios locales, de procesos de producción y de decisiones en situaciones de mercado)».²⁶

Como señala Perry Anderson, esta línea de argumentación recuerda inevitablemente a la crítica de Hayek a la planificación²⁷. Hayek, sin embargo, afirmaba que las mismas características que convierten a los mercados en las formas óptimas de organización económica –particularmente, el papel que juegan los precios relativos a la hora de transmitir a los actores la información que necesitan para tomar decisiones racionales– excluyen cualquier intervención del Estado en la vida económica. Esta afirmación es precisamente característica del «fundamentalismo de mercado», que constituye uno de los principales objetos de crítica de Giddens. A pesar de esto, no ofrece ninguna explicación sobre cómo se puede combinar una concepción hayekiana de la economía de mercado con los remedios políticos del nekeynesianismo contemporáneo –por ejemplo, el impuesto Tobin sobre la especulación financiera internacional y la creación de un consejo de «Seguridad Económica en el seno de las Naciones Unidas»–, que Giddens acepta como instrumentos para refrenar los mercados financieros²⁸.

Dejando de lado cualquier cuestión acerca de la coherencia teórica o, incluso, acerca de los méritos de estas propuestas, la discusión de Giddens sobre la economía global está en gran parte viciada por su fracaso a la hora de considerar los obstáculos que se le oponen o las fuerzas que pudieran ser movilizadas para apoyar las medidas por las que aboga. Sorprendentemente, en el tra-

²⁵ Giddens, *The Third Way*, pp. 43-44.

²⁶ A. Giddens, «Brave New World», en *Reinventing the Left*, D. Miliband (ed.), Cambridge, 1994, p. 25.

²⁷ P. Anderson, «Power, Politics and the Enlightenment», en *ibid.*, pp. 40-41.

²⁸ Giddens, *The Third Way*, pp. 150-151.

bajo de un teórico cuyos escritos anteriores reflejaban una preocupación por la conceptualización de la naturaleza y de las diferentes modalidades de la dominación social, *The Third Way* no considera en absoluto las grandes desigualdades en las estructuras de poder del mundo contemporáneo²⁹. Pero, aunque la «modernidad tardía» realmente fuera de naturaleza tal que hiciera obsoleta la crítica socialista, ¿no debería un esfuerzo serio de pensamiento *estratégico* de la izquierda prestar atención sistemática a la distribución de poder reinante? El fracaso de Giddens a la hora de acometer esta tarea hace que su intento de «renovar» la socialdemocracia parezca casi frívolo. Un cínico podría concluir que las relaciones de dominación dejan de ser visibles para aquellos que han decidido aceptarlas.

Pierre Bourdieu: la civilización contra el mercado

Al fijar la vista en Bourdieu, parece uno adentrarse en un mundo diferente. Los lugares de reunión de los escritos sueltos recogidos en *Contre-feux* no son seminarios de la Casa Blanca sobre la tercera vía, sino congresos de las federaciones de sindicatos alemanes y griegos o contextos aún más combativos: una manifestación frente a la Gare de Lyon durante las huelgas del sector público de 1995, o una École de Normale Supérieure ocupada por el movimiento de parados de enero de 1998. Estos son los escritos de un intelectual que se ha *engagé* en el antiguo sentido de Sartre.

Estas intervenciones están animadas, como sugiere el subtítulo del libro, por una apasionada polémica contra el neoliberalismo. Muchos de los procesos que discute Giddens figuran también aquí, por ejemplo, la integración global de los mercados financieros y las diferentes formas de individualización. En este caso, sin embargo, no son vistos como fatalidades inevitables, sino por el contrario como fuerzas destructivas contra las que hay que resistirse. La globalización no es una realidad, sino un mito, «un mito en el sentido fuerte del término, un discurso poderoso, una *idée force*, una idea que tiene una fuerza social que garantiza que sea creída. Es la principal arma de la lucha contra los logros del Estado del bienestar». De hecho, los que combaten las políticas impuestas por este mito están luchando, como los huelguistas de noviembre y diciembre de 1995, «contra la destrucción de una *civilización*, asociada a la existencia de servicios públicos, la de la igualdad de derechos republicana, el derecho a la educación, a la salud, a la cultura, a la investigación, al arte y, sobre todo, al trabajo»³⁰.

El neoliberalismo, entonces, no es tanto una doctrina o una ideología como un proyecto político de reconstrucción de la sociedad. Bourdieu concentra gran parte de sus críticas sobre los intelectuales que se esfuerzan por transformar sus afirmaciones en sentido común irrefutable: «en Francia y en Inglaterra se ha llevado a cabo un esfuerzo constante, se ha reunido a intelectuales, periodistas y hombres de negocios, para imponer como autoevidente una visión neoliberal que, esencialmente, disfraza de racionalización económica las presuposiciones más clásicas del pensamiento conservador de siempre y de todos los

²⁹ Se señala este punto en una reseña por lo demás favorable de Paul Hirst, «Not For the Faint-Hearted», *New Times*, 7 de noviembre de 1998.

³⁰ P. Bourdieu, *Contre-feux*, pp. 39, 30. Muchos de los temas de *Contre-feux* se repiten en P. Bourdieu, «A Reasoned Utopia and Economic Fatalism», *NLR* 227, enero-febrero de 1998. [Véase *NLR* 0, ed. cast., enero de 2000, pp. 156-162.]

países». Pero esta «revolución conservadora», a diferencia de la llevada a cabo por los intelectuales nacionalistas, como Carl Schmitt y Ernst Jünger en la República de Weimar, no apela al pasado. «Aparentemente no retiene nada de la vieja y bucólica Selva Negra de los revolucionarios conservadores de la década de 1930; se adorna con todos los signos de la modernidad. ¿No viene al fin y al cabo de Chicago?»³¹

Un contrapunto radical

Aunque las filípicas de Bourdieu son muy francesas –volveré sobre esto más adelante–, su crítica del neoliberalismo tiene una carga universal. Describe el *pensée Sciences-Po* que suplantó al *pensée Mao* entre los intelectuales franceses durante la «restauración cultural» de la década de 1970 y 1980 como una «ciencia social reducida a politología de noche electoral y a comentarios negligentes basados en sondeos de mercado realizados sin método»³². Resulta difícil no acordarse aquí del clima intelectual del entorno de Blair: del régimen de Millbank Tower, en el que la política se reduce a la manipulación de los grupos de estudio, a la lucha por la movilización de los diseñadores de imagen rivales y al éxito en la adquisición de consultorías lucrativas.

Así pues, mientras Giddens accede a convertirse en uno de los pocos ornamentos intelectuales de este entorno, Bourdieu se sitúa en oposición frontal a todo lo que eso representa. Al hacerlo, invierte la monótona topología del intelectual radical que se mueve hacia la derecha a la medida que envejece; un ejemplo de esta trayectoria es analizado por Bourdieu en un desdeñoso estudio sobre la evolución de Philippe Sollers desde una versión del maoísmo de moda después de 1968, hasta el apoyo a las aspiraciones electorales de Edouard Balladur en 1995³³. «Cuanto mayor me hago, más empujado me siento hacia el crimen», dijo Bourdieu en una entrevista en la televisión no hace mucho³⁴. No es sorprendente, por lo tanto, que rápidamente emergiera como uno de los principales detractores franceses de la guerra de la OTAN en Serbia³⁵.

El activismo de Bourdieu se hace aún más significativo al oponerse directamente a lo que Sunil Khilnani llama «la más decisiva e importante realineación en las afiliaciones políticas de los intelectuales franceses que haya ocurrido recientemente»: a saber, su total abandono del marxismo y de la política de izquierdas durante la segunda mitad de la década de 1970³⁶. Como dice Daniel Bensaïd, «al dirigir su capital simbólico y cultural contra el discurso dominante del conocimiento especializado y de la competencia», al oponer a «un efecto de autoridad otro efecto de autoridad», al desviar las estrategias de dominación para que sirvan a los dominados, Bourdieu relegitima un «discurso de resistencia»³⁷. A cambio, ha sido demonizado, especialmente por aquel sector de la intelectualidad francesa que, hace veinte años, hizo las paces con el capitalismo liberal.

³¹ *Ibid.*, pp. 34-35, 41.

³² «[...] une politologie de soirée électorale et à un commentaire sans vigilance de sondages commerciaux sans méthode», *ibid.*, p. 15.

³³ «Sollers tel quel», *ibid.*, pp. 18-20.

³⁴ Citado en *Le Monde*, 8 de mayo de 1998.

³⁵ Véase la carta firmada por P. Bourdieu, entre otros intelectuales, *Le Monde*, 31 de marzo de 1999.

³⁶ S. Khilnani, *Arguing Revolution: The Intellectual Left in Postwar France*, New Haven, 1993, p. 121.

³⁷ D. Bensaïd, «Désacraliser Bourdieu», *Le Magazine littéraire*, octubre de 1998, p. 69.

¿Cómo se puede explicar el contraste entre las trayectorias políticas recientes de Bourdieu y Giddens? Resulta tentador invocar el impacto de las huelgas francesas de 1995. Indudablemente, la experiencia reciente del triunfo de una resistencia colectiva frente al neoliberalismo ha afectado de manera relevante al clima político francés, ha permitido la rehabilitación electoral del Partido Socialista que había sido virtualmente demolido por los últimos años del régimen corrupto y cínico de Mitterrand, y ha exigido que sus líderes presentaran una política significativamente a la izquierda de la tercera vía de Blair-Clinton. Es un esquema muy diferente al del Reino Unido, en el que el recuerdo de la huelga derrotada de los mineros de 1984-1985 fue un factor crítico que permitió que el liderazgo del Partido Laborista pusiera en marcha el proceso de «modernización» que culminó en el ascenso de Blair.

Apología de la jovialidad proletaria

De todos modos, los escritos más tempranos de *Contre-feux* son de 1991. Noviembre-diciembre de 1995 contribuyó especialmente a solidificar una posición que ya estaba tomando forma, y también a proveerla de público entre los sectores recientemente radicalizados. El esfuerzo por entender las diferentes formas de dominación social ha sido, por supuesto, uno de los principales temas de los escritos de Bourdieu desde la década de 1960. Esto resultaba particularmente evidente cuando insistía sobre la «violencia simbólica», los mecanismos a través de los cuales se disimula la dominación «convirtiendo el capital económico en capital simbólico, que produce relaciones de dependencia que tienen una base económica oculta bajo un velo de relaciones morales»³⁸. Un notable pasaje de *Distinction* telegrafaba su identificación con los campesinos y los trabajadores industriales cuya «épica de indulgencia jovial» representa un rechazo tácito a «la nueva ética de la sobriedad para la delgadez, que se reconoce especialmente en el nivel más alto de la jerarquía social». Sacarle el máximo partido al presente, disfrutar de los buenos tiempos mientras duren y rechazar el aplazamiento de la gratificación por miedo a los malos tiempos por venir constituyen una «afirmación de la solidaridad con los otros». De hecho, Bourdieu alabó el «bar de la clase obrera» como «un lugar para el compañerismo»³⁹.

En todo caso, es justo decir que estas simpatías han estado implícitas por lo general en los escritos que estudiaban los procesos de violencia simbólica principalmente desde arriba: así *Distinction* se ocupa en gran medida de las luchas entre las diferentes facciones de la burguesía para convertir sus recursos, compuestos variablemente de capital económico y cultural, en capital simbólico, y para perpetuar mediante tal proceso la subordinación de la clase trabajadora. De todos modos, durante los últimos años, este enfoque general ha ido dando paso a una creciente preocupación por los *efectos* de las estructuras existentes de poder sobre los dominados y, especialmente, por el «sufrimiento social» causado por las políticas neoliberales, notablemente en el trabajo colectivo *La Misère du monde* (1993)⁴⁰.

Hay, sin embargo, un desajuste sorprendente entre este reenfoque del trabajo de Bourdieu y el aparato conceptual que pone en funcionamiento en respues-

³⁸ P. Bourdieu, *The Logic of Practice*, Cambridge, 1990, p. 118.

³⁹ P. Bourdieu, *Distinction*, Londres, 1984, pp. 179, 181, 183.

⁴⁰ [Ed. cast.: *La miseria del mundo*, Akal, Madrid, 1999.]

ta al desafío neoliberal. Concretamente, resulta notable la ausencia de nada que se parezca a un análisis elaborado de los cambios que se han producido en las estructuras económicas y en las relaciones de clase que se esconden tras este desafío. En primer lugar, el liberalismo, como hemos visto, es descrito como un proyecto político, un intento de transformar los teoremas económicos neoclásicos en realidad social:

En nombre de este programa científico de conocimiento convertido en programa político de acción, se lleva a cabo un inmenso *trabajo político* (desconocido, porque en apariencia es sólo negativo) que pretende crear las condiciones para la realización y funcionamiento de la «teoría»; un *programa para la destrucción metódica de los colectivos* (ya que la economía política neoclásica sólo quiere tratar con individuos...) ⁴¹.

En segundo lugar, se enumeran los grupos cuyos intereses se ven favorecidos por la implantación de estos programas de trabajo: «agentes y corredores de bolsa, políticos conservadores y socialdemócratas convertidos a las abdicaciones reconfortantes [*sic: démissions*] del *laissez-fair*, altos funcionarios de Hacienda». Y, finalmente, son registrados y analizados los efectos de este programa. Uno de los principales temas de Bourdieu es la precariedad como una dimensión fundamental de la experiencia del trabajo a finales del siglo xx. Una variedad de factores —por ejemplo, el desempleo masivo, el crecimiento del trabajo temporal y la producción flexible, «la *desterritorialización de la empresa*, que está ahora libre de cualquier vinculación específica a una región o a un país— han asegurado que «hoy en día haya precariedad en todas partes»; «la precariedad objetiva sirve de base para una precariedad subjetiva generalizada que hoy en día afecta, en el corazón de una economía avanzada, a la mayoría de los trabajadores e incluso a los que todavía no han sido tocados directamente». Ciertamente esto forma parte de «un *modo de dominación* de nuevo tipo, basado en la institución de una condición de precariedad generalizada y permanente con el objeto que forzar a los trabajadores a la sumisión y a la aceptación de la explotación» ⁴².

Teoría económica y economía de las prácticas

Bourdieu pinta un imponente retrato de algunas de las transformaciones que está sufriendo actualmente el mundo social. Su análisis de la estructura de la precariedad que acecha el lugar de trabajo contemporáneo contrasta fuertemente con la conceptualización naturalizada y despolitizada que Giddens efectúa del «riesgo». Aunque, y quizá no debamos sorprendernos por ello, los aspectos de la situación más en consonancia con las preocupaciones más duraderas de Bourdieu son los que están expuestos con más detalle. Así, su descripción de los esfuerzos neoliberales para actualizar la economía neoclásica nos recuerda anteriores discusiones sobre el «efecto-teoría», la supuesta capacidad de las teorías sociales para remodelar la realidad a su semejanza: «empiezo a preguntarme cada vez más si las estructuras sociales de hoy no son las estructuras simbólicas de ayer y si, por ejemplo, las clases, tal y como se observan hoy, no son, hasta cierto punto, producto del efecto teórico del trabajo de Marx». Es más: «el mundo social está cada vez más inundado de teoría

⁴¹ P. Bourdieu, *Contre-feux*, pp. 109-110.

⁴² *Ibid.*, pp. 110, 95, 96-97, 99.

social cosificada. Los sociólogos del futuro (pero esto ya puede decirse de nosotros) descubrirán en la realidad que estudien cada vez más productos sedimentados del trabajo de sus predecesores⁴³.

Esta concepción de las relaciones entre teoría y práctica debe ser estudiada en el contexto de la concepción general de la sociedad de Bourdieu, que él entiende constituida por campos en los que los agentes compiten por bienes materiales y simbólicos escasos. La posesión de una teoría capaz de transformarse de un «programa de trabajo» en un «programa de acción» puede proporcionar una importante ventaja en esta lucha competitiva. Sin embargo, aunque Bourdieu, como es bien sabido, desarrolla una «economía de las prácticas» general en la que los recursos disponibles para los agentes son clasificados como diferentes tipos de capital (especialmente económico, cultural y simbólico), tiende simplemente a dar por supuesta la economía misma y a dejarla sin analizar en su trabajo.

Ésta es una estrategia perfectamente legítima, por ejemplo, en los estudios dedicados al consumo y la producción de obras de arte, respectivamente *Distinction* y *The Rules of Art*, pero resulta muy problemática cuando lo que Bourdieu llama «la economía en sentido estricto» ocupa un lugar central⁴⁴. Su descripción de las fuerzas socioeconómicas motoras del neoliberalismo nunca pasa de ser superficial y periodística: véase, por ejemplo, la lista de beneficiarios citada antes. No intenta en ningún momento relacionar el proyecto del libre mercado con ninguna transformación estructural de la economía capitalista del tipo de las que se discuten en las diferentes teorías del posfordismo, la acumulación flexible, el capitalismo desorganizado, etc., ya apuntadas y contestadas por los análisis marxistas y *marxistizantes* durante la última década y media.

Nos quedamos con la sensación, por el contrario, de que el liberalismo es un programa impuesto por elites externas a la sociedad que pretenden transformar. Algunas veces, estas elites aparecen literalmente como una fuerza extraña. Uno de los textos más salvajes de *Contre-feux* está dedicado a la crítica de un discurso del presidente del Bundesbank, Hans Tietmeyer, en el que exige austeridad presupuestaria y flexibilidad laboral para preparar Europa para el euro⁴⁵. Sin embargo, a pesar de algunos casos muy escasos en sentido contrario –por ejemplo, el objetivo que expresa el subtítulo del libro de contribuir a la «resistencia a la invasión del neoliberalismo»–, Bourdieu no manifiesta ningún interés por defender la integridad de la nación francesa. Al contrario, da muestras de estar muy comprometido con el internacionalismo y con la fiera hostilidad hacia el racismo y la xenofobia: por ejemplo, al considerar que los candidatos presidenciales de 1995 carecían especialmente de una postura frente a los derechos de los extranjeros en Francia y al denunciar el fracaso del gobierno de Jospin a la hora de derogar las leyes racistas de inmigración de Pasqua y Debré aprobadas por sus predecesores⁴⁶.

⁴³ P. Bourdieu, *In Other Words*, Cambridge, 1990, pp. 18, 54. Véase también *ibid.*, p. 129, sobre el «efecto-teoría».

⁴⁴ P. Bourdieu, *The Rules of Art*, Cambridge, 1996, p. 369, n. 2. [Ed. cast.: *Las reglas del arte. Génesis y estructura del campo literario*, Anagrama, Barcelona, 1995.]

⁴⁵ «La Pensée Tietmeyer», en P. Bourdieu, *Contre-feux*, pp. 51-57.

⁴⁶ «Le Sort des étrangers comme schibboleth» y «Ces «responsables» qui nous déclarent irresponsables», *ibid.*, pp. 21-24, 93-94.

En defensa de la civilización

A pesar de todo, el contraste entre las elites invasoras y la civilización que pretenden destruir sugiere que esta última constituye la normalidad violada por el neoliberalismo. Para esta civilización resulta central, como ya hemos visto, el compromiso con el servicio público y la dependencia de las formas de organización y acción colectiva. En realidad, es la persistencia de esta civilización la que mantiene cohesionado cierto tipo de orden social a pesar de las consecuencias destructivas de las políticas neoliberales:

La transición hacia el «liberalismo» tiene lugar de forma imperceptible, como la deriva de los continentes, y oculta así a la mirada sus efectos más terribles a largo plazo. Efectos que también son disimulados, paradójicamente, por las resistencias que suscita, aquí y ahora, por parte de los que defienden el antiguo orden basándose en los recursos que contenía, en los modelos jurídicos o en las prácticas de asistencia y solidaridad que proponía, en los *habitus* que favorecía (entre las enfermeras, las instituciones de asistencia social, etc.), en suma, en las reservas de capital social que protegen una parte del orden social actual de la caída en la anomia⁴⁷.

Bourdieu prevé un giro dialéctico en el que las fuerzas que se oponen a las políticas neoliberales, tachadas de conservadoras y de defensoras arcaicas de intereses sectoriales por los partidarios del plan de Juppé de «reformas» de la seguridad social que provocó las huelgas de 1995 –la lucha en el Reino Unido entre el Nuevo y el Viejo laborismo, evidentemente, ha adoptado formas retóricas similares–, pueden convertirse en la base de un nuevo orden social que construya sobre los logros de la vieja civilización amenazada. Los adversarios del liberalismo pueden pasar de ser «fuerzas de «conservación», a las que resulta demasiado fácil tratar como fuerzas conservadoras», a ser «fuerzas subversivas»:

Así pues, si cabe conservar alguna esperanza razonable, reside en que siguen existiendo en las instituciones estatales, así como en las disposiciones de los agentes (especialmente los más vinculados a esas instituciones, como la pequeña nobleza de Estado), fuerzas que, bajo la apariencia de limitarse a defender, como se les reprocha inmediatamente, un orden desaparecido y los «privilegios» correspondientes, tienen en realidad que trabajar, para resistir a la prueba, en la invención y construcción de un orden social que no tenga como ley exclusiva la búsqueda del interés egoísta y la codicia individual por el beneficio, y que encontrará espacio para colectivos orientados a *la búsqueda de fines colectivamente elaborados y aprobados*. Entre estos colectivos, asociaciones, sindicatos, partidos, hay que otorgar un lugar especial al Estado, Estado nacional o, mejor aún, supranacional, es decir, europeo (etapa hacia un Estado mundial), capaz de controlar y gravar eficazmente los beneficios realizados en los mercados financieros; capaz también, y sobre todo, de contrarrestar la acción destructora que estos últimos ejercen, organizando con la ayuda de los sindicatos la elaboración y la defensa del *interés público*...⁴⁸

He citado este pasaje con cierta extensión porque es una de las pocas exposiciones relativamente detalladas que ofrece Bourdieu acerca de la alternativa a la que da preferencia sobre las políticas neoliberales. En otros lugares propone varias medidas más específicas a escala europea: salarios mínimos, medidas contra la corrupción, la evasión de impuestos y el ostracismo social, derechos sociales comunes que proporcionen ingresos mínimos a los parados, derecho a vivienda

⁴⁷ *Ibid.*, pp. 117-118.

⁴⁸ *Ibid.*, pp. 118-119.

y al trabajo, y el desarrollo de «una *política de inversión común* que sirva al interés general» y que sea radicalmente diferente de la maximización de beneficios a corto plazo impuesta por los mercados financieros. Estas medidas pretenden:

[...] romper con el fatalismo del pensamiento neoliberal, «desfatalizar» mediante la politización, mediante la sustitución de la economía naturalizada del neoliberalismo por una economía del bienestar [*bonheur*] que, basada en las iniciativas y en la voluntad humanas, incluya en sus cálculos los costes del sufrimiento y los beneficios de la autorrealización, ignorados por el culto económico estricto a la productividad y a la rentabilidad⁴⁹.

Creo que sería justo decir que este programa, y la visión del orden social que implica, se podría incluir con facilidad en la corriente principal del pensamiento socialdemócrata europeo. Concretamente, la concepción del Estado, como un medio para subordinar el mercado al control público, se ha convertido, evidentemente, en una parte central de la tradición socialdemócrata desde Keynes. Aunque haya sido rechazado por el Nuevo Laborismo, el keynesianismo ha sido rehabilitado intelectualmente en el Reino Unido, al menos en parte, gracias a los notables esfuerzos de Will Hutton y Larry Elliott, y tuvo un poderoso defensor en el ruedo europeo en la persona de Oskar Lafontaine durante su breve mandato como ministro de Economía alemán⁵⁰.

Los límites de la acción estatal

Pero a pesar de este renacimiento keynesiano, alentado también por la reacción política al colapso económico asiático y sus consecuencias globales, cualquier proyecto político que se conciba sobre la base de una intervención estatal que regule y controle la economía de mercado debe enfrentarse a una serie de difíciles cuestiones. Algunas de las más importantes giran en torno a la viabilidad del Estado-nación en una era de globalización económica: concretamente, ¿la mayor movilidad internacional del capital-dinero ha hecho ineficaces las políticas keynesianas de gestión de la demanda? Bourdieu reconoce tácitamente la dificultad al hacer de Europa su área preferida de creación de proyectos políticos: «Aunque se pueda luchar contra el Estado-nación, será necesario defender las funciones «universales» que desempeña y que pueden ser desempeñadas igualmente, si no mejor, por un Estado supranacional..., que disfrute de relativa autonomía frente a las fuerzas económicas internacionales y nacionales, y que sea capaz de desarrollar la dimensión social de las instituciones europeas»⁵¹. Pero esto plantea nuevos problemas, porque la dirección actual de la construcción europea, por lo menos desde principios de la década de 1980, ha tendido hacia un ulterior atrincheramiento del neoliberalismo, como de hecho reconoce Bourdieu en sus polémicas con el Bundesbank. Su proyección a escala europea del mito francés del Estado republicano, como encarnación del interés general, tiene poca relación con la realidad de una Unión Europea desgarrada por conflictos nacionales y tensiones sociales⁵².

⁴⁹ *Ibid.*, pp. 74-76.

⁵⁰ Véase W. Hutton, *The State We're In*, Londres 1995, L. Elliott y D. Atkinson, *The Age of Insecurity*, Verso, Londres 1998, y O. Lafontaine, «The Future of German Social Democracy», *NLR* 227, enero-febrero de 1998.

⁵¹ P. Bourdieu, *Contre-feux*, p. 47.

⁵² Véase A. Callinicos, «Contradictions of European Monetary Union», *Economic and Political Weekly*, 29 de agosto de 1998.

A pesar de todo, Bourdieu insiste en que «defender el Estado, particularmente en su aspecto social, es de gran interés para los dominados». Esto se justifica aduciendo que:

El Estado es una realidad ambigua. Uno no puede contentarse con decir que es un instrumento de los dominadores. Sin duda alguna, el Estado no es completamente neutral, ni completamente independiente de los dominadores, pero tiene una autonomía que es mayor en la medida en que es más antiguo, más fuerte, en tanto que ha registrado en sus estructuras las conquistas sociales más importantes, etc. Es el lugar de los conflictos (por ejemplo, entre los ministerios de Economía y los ministerios encargados del gasto responsables de los problemas sociales)⁵³.

Esta concepción del Estado como sede de conflictos potencialmente autónoma nos recuerda pasmosamente el último libro de Nicos Poulantzas, *State, Power, Socialism*⁵⁴. Como Poulantzas, Bourdieu tiene que enfrentarse a la cuestión de si el Estado está limitado estructuralmente en su receptividad a presiones provenientes de abajo⁵⁵. Este es un problema de particular importancia en un momento en el que los partidos socialdemócratas gobiernan la mayor parte de la UE, habiendo sido llevados al poder en los dos casos más importantes, Alemania y Francia, por la reacción popular ante el neoliberalismo. Como señala el propio Bourdieu, estos gobiernos son especialmente vulnerables a los mercados financieros, que desconfían de sus programas políticos⁵⁶. Ciertamente las crisis financieras han sido la roca contra la que han estrellado muchos programas socialdemócratas, como mostraron las experiencias de los gobiernos británicos laboristas de 1931, 1947-1949, 1964-1967 y 1974-1976, mucho antes de que tuviera lugar la mayor integración de los mercados monetarios de los últimos veinte años.

La resistencia que puede provocar un gobierno de izquierdas ciertamente ha sido ilustrada por el éxito reciente de la campaña de las grandes empresas alemanas, los bancos centrales europeos y los medios de comunicación británicos, para obligar a Lafontaine a dejar su puesto. Sin embargo, como también confirma la experiencia de muchos ministros socialdemócratas, esa resistencia tiene lugar dentro del propio Estado, especialmente entre sus capas superiores. Con esto nos enfrentamos a la clásica cuestión a la que ha tenido que enfrentarse el movimiento obrero internacional durante el último siglo, a saber, ¿es el Estado parlamentario liberal un instrumento de transformación social en el que se pueda confiar?

Nuevos movimientos en terreno viejo

A estos problemas de política y estrategia se pueden añadir cuestiones teóricas. La «economía política del bienestar» de Bourdieu intenta considerar explícitamente las dimensiones de la existencia humana, en particular las experiencias de sufrimiento y autorrealización, que no tienen cabida en los cálculos de la economía política neoclásica. ¿Pero cómo deben ser sopesadas estas experiencias en relación con los cálculos de pérdidas y ganancias monetarias privilegiados por la economía de mercado? Las polémicas sin tregua que lleva a cabo

⁵³ P. Bourdieu, *Contre-feux*, pp. 46, 39.

⁵⁴ Ed. cast.: *Estado, poder y socialismo*, Siglo XXI, Madrid, 1979.

⁵⁵ Véase C. Barker, «A «New» Reformism?», *International Socialism*, segunda serie, 4, 1979.

⁵⁶ P. Bourdieu, *Contre-feux*, pp. 44-45.

Bourdieu contra las tendencias cuantificadoras de la economía política neoliberal ponen en evidencia que no cree que ninguna métrica pueda ser utilizada en esta consideración. Si lo cuantitativo y lo cualitativo son inconmensurables, ¿cómo pueden ser articulados lo público y lo privado, el Estado y el mercado, en una «economía política del bienestar»? ¿Y hasta qué punto, si es que ello es posible, esta economía política implica un movimiento en la dirección de una economía planificada?

Bourdieu, por lo tanto, tiene que enfrentarse a las mismas cuestiones que, como vimos antes, Giddens no consiguió solucionar satisfactoriamente. Evidentemente se trata de cuestiones amplias y difíciles que han sido muy aireadas en los últimos años, por ejemplo, en la controversia sobre el socialismo de mercado. En defensa de Bourdieu se podría ciertamente alegar que apenas sería razonable esperar que abordara temas tan complejos e incluso a veces desconcertantes, en lo que al fin y al cabo no es más que una colección de escritos sueltos y no un tratado teórico. Es esta una respuesta perfectamente justa, pero de todos modos hay dos buenas razones para formular estas preguntas. En primer lugar, hacer referencia a estos temas sirve para resaltar que la trayectoria política de Bourdieu le ha llevado al terreno de los debates clásicos sobre estrategia y teoría socialista. Al situarse en una oposición tan pública y sistemática a la ortodoxia del libre mercado se ha adentrado, de hecho, en un campo en el que las preguntas que he planteado pueden serle hechas legítimamente. Si no es capaz de resolverlas con eficacia, el desafío que ha planteado al neoliberalismo quedará gravemente debilitado.

En segundo lugar, la postura que ha adoptado Bourdieu durante los últimos años, que ocupa una posición al margen de las principales tradiciones de la teoría social, supone en este caso más un obstáculo que una ayuda. Concretamente, ha rechazado con desdén cualquier intento de ubicarlo con respecto a los debates entre el marxismo y la tradición sociológica clásica. Así, cuando se le preguntó: «¿se siente usted marxista cuando habla de capital simbólico, o más bien weberiano?» respondió: «nunca he pensado en esos términos».⁵⁷ Por otro lado, es evidente que se ha mostrado particularmente preocupado por distanciarse del marxismo, al que califica como «la tradición más economicista que conocemos».⁵⁸

El problema de esta postura es que Bourdieu se ha embarcado ahora en lo que resulta tentador calificar como crítica de la economía política. Y esto ya se ha hecho antes. Por lo tanto, sus ataques al neoliberalismo por naturalizar las relaciones económicas y por presentarlas como acciones humanas autónomas nos recuerdan inevitablemente la teoría marxista del fetichismo de la mercancía. Bourdieu, sin embargo, trata el marxismo y el neoliberalismo como ejemplos del mismo «*fatalismo economicista*» basado en la «fetichización de las fuerzas productivas».⁵⁹ Incluso si uno adopta una visión cruda de las tensiones deterministas del materialismo histórico, utilizar esta valoración para desdeñar todo el corpus marxista y, en particular, la teoría sobre el modo de producción capitalista es, simplemente, insostenible. Hacerlo permite a Bourdieu aparentar

⁵⁷ P. Bourdieu, *In Other Words*, p. 27.

⁵⁸ P. Bourdieu y T. Eagleton, «*Doxa and Common Life*», *NLR* 191, enero-febrero de 1992, p. 114. [Véase *NLR* 0, ed. cast., enero de 2000, pp. 211-231.]

⁵⁹ P. Bourdieu, «*A Reasoned Utopia*», p. 126.

una posición de radical novedad teórica y política. Pero, sean cuales sean los frutos que esta postura le haya dado en sus escritos sociológicos, su efecto es ahora el de privarle, en la lucha en la que se ha embarcado, de un capital intelectual precioso –se siente uno inclinado a decir esencial.

Las figuras del intelectual

Estas críticas no pretenden desmerecer el impacto, enteramente bienvenido y en gran medida beneficioso, del nuevo activismo de Bourdieu. Esta postura, que contrasta con la trayectoria de Giddens, invita a la reflexión sobre las diferentes figuras del intelectual y sobre las formas de participación (o aparente no-participación) política que conllevan. La figura sartreana del intelectual comprometido políticamente ha sido desechada en su totalidad durante los últimos años, particularmente como resultado del repudio a gran escala del marxismo en la vida cultural francesa que, a principios de la década de 1980, como dijo Perry Anderson, había convertido a París en la «capital de la reacción intelectual europea»⁶⁰.

Fue en este clima en el que Foucault anunció la muerte del «intelectual universal» que «hablaba y al que se le reconocía el derecho a hablar por su capacidad de dominio sobre la verdad y la justicia. Era escuchado, o pretendía hacerse escuchar, como portavoz de lo universal». Estaba siendo sustituido por el «intelectual específico», cuyo compromiso político provenía de su particular habilidad con el aparato moderno de «poder-conocimiento». Así, «magistrados y psiquiatras, médicos y trabajadores sociales, técnicos de laboratorio y sociólogos han conquistado el derecho a participar, tanto dentro de su campo específico como por medio del intercambio y del apoyo mutuo, en un proceso global de politización de los intelectuales»⁶¹. La ironía está en que Foucault se convirtió precisamente en el tipo de «intelectual universal» cuyo canto del cisne había entonado, aunque las causas políticas a las que prestó su prestigio se desplazaron gradualmente desde las causas de izquierdas amadas por la *Cause du peuple* ultramaoísta en la estela de 1968, pasando por los movimientos de lucha contra las prisiones a mediados de la década de 1970, hasta, en los últimos años antes de su muerte en 1984, los islamistas iraníes y los huelguistas polacos⁶².

¿Qué figuras alternativas de vida intelectual puede ofrecer la cultura anglosajona? El declive de los intelectuales públicos, que eran capaces de discutir asuntos de gran importancia en un lenguaje accesible a un público no-especializado, y el hecho de que el mundo académico, increíblemente expandido, esté dominado por oscuros dialectos técnicos que contribuyen a segregarlo de la sociedad en general, han sido ya ampliamente comentados⁶³. El difunto Isaiah Berlin representó un raro caso de intelectual público que sobrevivió hasta la

⁶⁰ Anderson, *In the Tracks of Historical Materialism*, p. 32. Tony Judt, *Past Imperfect*, Berkeley, 1992, es un ejemplo especialmente despreciable de esta tendencia general. Judt considera que la cultura política de izquierdas de París de la década de 1950 es deficiente respecto del liberalismo prevaleciente en la ciudad en la década de 1980, sin mostrar la más mínima conciencia reflexiva de que su propio punto de vista, lo que llama «la perspectiva privilegiada de los últimos años del siglo» (p. 2), también será superado por la historia.

⁶¹ M. Foucault, *Power/Knowledge*, Brighton, 1980, pp. 126-127.

⁶² Véanse las actividades recogidas, por ejemplo, en la parte III de D. Eribon, *Michel Foucault*, Cambridge, MA 1991. [Ed. cast.: *Michel Foucault*, Anagrama, Barcelona, 1992.]

⁶³ Véase especialmente R. Jacoby, *The Last Intellectuals*, Nueva York, 1987.

⁶⁴ M. Ignatieff, *Isaiah Berlin*, Londres, 1998. Esta valoración del papel público de Berlin no

década de 1990. Pero su función fue la de alentar, más que la de desafiar, al sistema o, más bien, como ni siquiera su biógrafo oficial es capaz de ocultar, la de dedicarse a un proceso de mutuo aliento entre los descendientes de rabinos *shtetl* y una clase alta inglesa filisteia y antisemítica, que le aceptó por ofrecer una confirmación culta y elocuente de lo que de todos modos ya sabía: que sus valores eran los mejores del mercado⁶⁴.

Una figura contemporánea de mucha mayor influencia es la del intelectual diseñador de políticas, procedente del nordeste de Estados Unidos, bien conocido en Washington al menos desde las Administraciones de Kennedy y Johnson de la década de 1960, pero ahora también un inquilino perfectamente adaptado en el gobierno británico, que se ha beneficiado de la revolución de Thatcher y de su continuación en Blair. Se trata de una figura demasiado reconocible: es el colaborador de la prensa dedicada a proporcionar tedio centrado de altos vuelos (nos vienen a la cabeza *Foreign Affairs* y *Perspects*), de los centros de investigación teórica que infestan los debates políticos contemporáneos y de los seminarios y conferencias en los que el espectro de desacuerdo va desde aquellos que quieren mantener inalterada una estructura realmente injusta a los que quieren hacerla aún más injusta. Una manera de resumir la posición actual de Giddens sería decir que corre el peligro de convertirse en uno de esos intelectuales de la política.

La invención de Zola

En contraste, Bourdieu simplemente no tiene tiempo para intelectuales de este tipo. En *The Rules of Art* (1992) ofrece un análisis específico del «intelectual universal» clásico, argumentando que esta figura se hizo posible gracias al desarrollo de la literatura como «campo de producción» autónomo, particularmente como resultado de la actividad crítica y ejemplar de Flaubert y Baudelaire durante el Segundo Imperio. Fue Zola, sin embargo, quien representó el papel decisivo en «la invención del intelectual». Por medio de su intervención en el caso Dreyfus,

[...] constituyó, como una elección deliberada y legítima, la postura de independencia y de dignidad propia de un hombre de letras, al poner su particular tipo de autoidentidad al servicio de causas políticas. Para conseguirlo, Zola necesitaba producir una nueva figura, inventando para el artista una misión de subversión profética, inseparablemente intelectual y política⁶⁵.

Lo específico de este tipo de intervención en la vida pública es que no supone la subordinación de lo cultural a lo político, sino por el contrario la conquista de una total independencia para lo cultural: «paradójicamente, es la autonomía del campo intelectual la que permite el acto inaugural de un escritor que, en nombre de normas pertenecientes al campo literario, interviene en el campo político, constituyéndose así como intelectual»⁶⁶. Los logros de Zola como novelista, más tarde lo serían los de Sartre como escritor y filósofo y los de Foucault como historiador filosófico, son los que le confieren autoridad para intervenir, más allá del campo literario, en la política.

pretende disminuir su importancia como historiador intelectual.

⁶⁵ P. Bourdieu, *The Rules of Art*, pp. 130, 129.

⁶⁶ *Ibid.*, p. 130.

⁶⁷ *Ibid.*, p. 340. Como ponen de manifiesto tanto las citas precedentes como esta última, duran-

La conclusión de *The Rules of Art* deja claro que Bourdieu está ofreciendo allí algo más que una explicación histórica o sociológica de una forma particular de conexión entre la vida intelectual y la pública. Aquí generaliza su explicación:

Los intelectuales son figuras bidimensionales que existen y subsisten, si y sólo si están investidas de una autoridad específica, conferida por el mundo intelectual autónomo (independiente del poder económico, político o religioso) cuyas reglas específicas respetan, y si y sólo si comprometen esta autoridad específica en luchas políticas. Lejos de existir, como suele pensarse, una antinomia entre la búsqueda de autonomía (que caracteriza al arte, la ciencia o la literatura que llamamos «puras») y la búsqueda de eficacia política, es precisamente el incremento de esa autonomía (y, por lo tanto, entre otras cosas, su libertad para criticar los poderes imperantes) lo que hace que los intelectuales pueden aumentar la eficacia de una acción política cuyos fines y medios tienen su origen en la lógica específica de los campos de producción cultural⁶⁷.

Pero «la autonomía de los universos de producción cultural» se ve ahora amenazada por «la creciente compenetración entre arte y dinero». Este peligro nos acerca a las preocupaciones de los más recientes escritos políticos de Bourdieu. La respuesta por la que aboga supone la rehabilitación de la figura del intelectual universal, en este caso para preservar la autonomía de la producción cultural de la que, normalmente, deriva su autoridad. Se requiere una «*Realpolitik* de la razón», «un corporativismo de lo universal», en el que los intelectuales salgan en defensa del campo cultural mismo: «los productores intelectuales no encontrarán un lugar propio en el mundo social, a no ser que sacrifiquen de una vez para siempre el mito del «intelectual orgánico» (sin caer en el mito complementario del mandarín alejado de todo) y acepten colaborar en la labor de defensa de sus propios intereses»⁶⁸.

Autonomía y práctica

De hecho, las intervenciones políticas recientes de Bourdieu se ajustan mucho más al esquema del modelo Sartre-Zola que al del «corporativismo de lo universal» propuesto en *The Rules of Art*. La conservación de toda una civilización, más que la mera autonomía de los campos de producción cultural, es lo que preocupa a Bourdieu en *Contre-feux*. La feroz controversia provocada en los medios de comunicación por sus intervenciones políticas ciertamente han incluido acusaciones por parte de sus críticos de que Bourdieu y sus colaboradores están intentando rehabilitar una concepción del intelectual ya desacreditada, incluso «estalinista», junto a una acusación más recóndita de «terrorismo sociológico»⁶⁹.

te el curso de su argumentación, Bourdieu generaliza del caso de la literatura, en la que se centra la primera parte de *The Rules of Art*, que es más histórica y empírica, a la concepción de campos de producción cultural que incluyen tanto las ciencias como las artes entendidas en sentido amplio. No toma en consideración los obstáculos a una generalización de este tipo, que surgen, por ejemplo, del hecho de que los criterios de éxito y fracaso, incluso si son específicos de los campos particulares, están gobernados en las ciencias por una regla tácita de verdad de la que, se podría decir, precisamente ha pretendido escapar la autonomización modernista del arte.

⁶⁸ *Ibid.*, pp. 344, 348.

⁶⁹ Véanse, por ejemplo, los intercambios sobre los que se informa en Bérout *et al.*, *Le Mouvement social*, pp. 44-47, y *Le Magazine littéraire*, octubre de 1998, para un dossier de textos muy críticos. Gérard Mauger, en un ensayo interesante, aunque algo hagiográfico, hace un detallado examen de la concepción de Bourdieu del intelectual. Intenta distanciar a Bourdieu de Sartre y, en cambio, subrayar la continuidad entre Bourdieu y Foucault. Así, «la apelación a un «corporativismo de lo universal» está dirigida a «intelectuales específicos»: artistas, escri-

A pesar de las resonancias específicamente francesas del análisis de Bourdieu, se puede pensar en sus contrapartidas anglosajonas. De este modo, resulta imposible separar la crítica detallada e incansable del imperialismo estadounidense de Noam Chomsky, de la autoridad que le confiere su reconstrucción fundamental de la teoría lingüística. El radicalismo político ha sido una característica constante de la carrera de Chomsky; se nos ofrece un llamativo contraste en la transformación de Harold Pinter, el poeta del silencio y la crueldad sutil, en un luchador comprometido contra la confabulación occidental en la violación de los derechos humanos en el mundo. Pero aunque al modelo de intelectual de Bourdieu no le falten referentes, no deja de ser problemático en otros aspectos.

La dificultad crítica surge de la vieja cuestión de la relación entre teoría y práctica. ¿Hasta qué punto los análisis teóricos de los intelectuales son susceptibles de ser examinados críticamente en relación con sus consecuencias en la práctica política? ¿Y cómo se puede exigir que el propio intelectual rinda cuentas de sus intervenciones públicas? En la explicación de Bourdieu, los dos dominios –vida intelectual y pública– se encuentran sólo en la persona misma del intelectual. El rigor de la crítica pertenece al dominio del campo autónomo de la producción cultural. Son los logros en este campo los que justifican la atención en la esfera pública: por lo tanto, la autoridad *política* del intelectual deriva de su autoridad extrapolítica, ámbito en el que su audiencia política no tiene derecho a seguirle a no ser que se trate de sujetos adecuadamente cualificados.

Evidentemente esto resulta insatisfactorio. Sin duda, se tiene que estar bien versado en los secretos de la teoría lingüística para desafiar la teoría de la gramática transformacional de Chomsky. Pero sus argumentos y sus intervenciones políticas son susceptibles de ser criticados por todo aquel capaz de involucrarse en la esfera pública: un grupo en principio coextensivo a la totalidad de la población adulta. Bourdieu no parece concebir un dominio en el que se encuentren la vida intelectual y la vida pública para tematizar cuestiones específicas de lo político, un dominio en el que el discurso político posea su propia racionalidad.

En su propia práctica, Bourdieu ha intentado desarrollar la concepción del «intelectual colectivo». En diciembre de 1995, fundó, junto a colaboradores más jóvenes, el grupo *Raisons d'agir*, que ha llevado a cabo un ambicioso programa de investigación y de publicación militante. Sin embargo, *Raisons d'agir* reproduce la separación entre lo intelectual y lo político presente en los textos más teóricos de Bourdieu. Por un lado, combate lo que Bourdieu llama la «troika neoliberal Blair-Jospin-Schröder»⁷⁰. Por otro, Christophe Charle aboga en nombre de *Raisons d'agir* por «una doble opción a favor de un planteamiento razonado que no excluya el compromiso con los valores y a favor de la autonomía crítica»⁷¹. De

tores y académicos reconocidos en su propio campo que intervienen en el campo político en nombre de las habilidades y valores asociados a su trabajo», «L'engagement sociologique», *Critique*, núm. 589-590, 1995, p. 8. Pero si, según Bourdieu, la autoridad pública de los intelectuales proviene de su posición dentro de sus campos culturales autónomos, ellos intervienen políticamente «en nombre de una forma particular de universalismo ético y científico que puede servir como fundamento, no sólo de una especie de magisterio moral, sino también de una movilización colectiva que luche por promover estos valores», P. Bourdieu, *The Rules of Art*, p. 342. Este pasaje, citado por Mauger, deja claro que Bourdieu sigue viendo a los intelectuales como, en palabras de Foucault, «portavoces de lo universal».

⁷⁰ P. Bourdieu, «Pour une gauche de gauche», *Le Monde*, 8 de abril de 1998.

⁷¹ C. Charle, «Apprendre à lire, réponses à quelques critiques», *Le Monde*, 8 de mayo de 1998.

⁷² G. Mauger, «Ce qui échappe aux procureurs de Pierre Bourdieu», *Le Monde*, 26 de junio de 1998.

modo parecido, Gerard Mauger argumenta a favor de «un colectivo intelectual autónomo, que se esfuerce por resistirse a los intentos de instrumentalización, libre en sus alianzas y en sus críticas... Nuestra lucha por la autonomía... no trata tanto de «mantener nuestras manos limpias» como de mantenerlas libres»⁷².

¿Despolitización de lo social?

Dos críticos favorables señalan que esta insistencia de Bourdieu y sus colaboradores en la idea del intelectual autónomo puede contribuir a despolitizar los movimientos sociales:

Los intelectuales libres y los activistas puros de los movimientos sociales..., que desconfían tanto de la dimensión política de las luchas sociales, quizá puedan llegar a entender que así contribuyen por omisión a la aceptación resignada de la descomposición social-liberal de la izquierda. Al autolimitarse a una labor de grupos de presión, de hecho se inclinan ante la división del trabajo, legitimando paradójicamente los partidos dominantes (los únicos *interlocuteurs valables*) y concediéndoles el monopolio de la representación política. ¿No puede, a la larga, beneficiarse la extrema derecha de esta impotente retirada de la acción política?⁷³.

Este desdén por la política puede reflejar el pesimismo subyacente que conforma la sociología de Bourdieu. Los campos sociales están para él constituidos por la infatigable lucha por recursos materiales y simbólicos escasos:

Cada estado del mundo social no es, por lo tanto, más que un equilibrio temporal, un momento de la dinámica por medio de la cual se rompe o se restaura constantemente el ajuste entre las distribuciones y las clasificaciones incorporadas o institucionalizadas. La lucha, que es el principio mismo de la distribución, es inextricablemente una lucha por apropiarse de bienes escasos y una lucha para imponer el modo legítimo de percibir las relaciones de poder que se manifiestan en la distribución, una representación que, por medio de su propia eficacia, puede ayudar a perpetuar o a subvertir estas relaciones de poder⁷⁴.

Sin embargo, cualquier subversión de la forma prevaleciente de dominación únicamente producirá una nueva forma si es capaz de imponer con éxito su autorrepresentación. En el marxismo, «la capacidad de resistencia, como una capacidad de conciencia, fue sobreestimada... cuando vemos con nuestros propios ojos a la gente que vive en condiciones de pobreza –tal y como ocurría entre el proletariado local, los trabajadores de las fábricas, cuando yo era un joven estudiante–, resulta evidente que tienden a aceptar mucho más de lo que habríamos podido creer»⁷⁵. Con las masas encerradas de este modo en la *doxa*, el intelectual se convierte en el sustento indispensable de la crítica⁷⁶.

⁷³ D. Bensaïd y P. Corcuff, «Le Diable et le Bourdieu», *Libération*, 21 de octubre de 1998.

⁷⁴ P. Bourdieu, *The Logic of Practice*, p. 141. Una crítica ulterior de la teoría social de Bourdieu puede ser encontrada en Callinicos, *Social Theory*, Cambridge, 1999, pp. 287-295, y en «Autour de Pierre Bourdieu», un número especial de *Actuel Marx*, 20, 1996.

⁷⁵ P. Bourdieu y T. Eagleton, *Doxa*, p. 114.

⁷⁶ El libro más reciente de P. Bourdieu, *La Domination masculine*, París, 1998 [ed. cast.: *La dominación masculina*, Anagrama, Barcelona, 1999], presenta una cierta inflexión de esta posición. En este ensayo intenta, de modo muy controvertido, justificar su interpretación de la opresión de la mujer como un ejemplo de dominación simbólica apelando «al universalismo, que, notablemente por medio del derecho a acceder a la totalidad de los objetos, es uno de los fundamentos de la república de las ciencias» (p. 123, n. 4). Al mismo tiempo, sin embar-

Se trata de una concepción muy tradicional del intelectual radical, ejemplificada en la primera Escuela de Frankfurt. Pero hay más tipos de intelectuales. Bourdieu y sus colaboradores rechazan la concepción de Gramsci, del partido socialista revolucionario como el intelectual orgánico de la clase obrera. Sin duda, hay mucho que debatir en esta idea. En un aspecto crucial es, sin embargo, superior a la de Bourdieu. Para Gramsci, teoría y práctica están envueltas en un constante diálogo, en el que la práctica intelectual, más que pertenecer al dominio exclusivo de la producción cultural, está, por medio de su integración en actividades políticas más amplias, continuamente puesta a prueba y, por lo tanto, examinada y revisada críticamente. En este examen, la organización política, como dijo Lukács, es «la forma de mediación entre teoría y práctica», el lugar donde el teórico se somete a examen público y colectivo, y donde la actividad práctica está subordinada a la crítica racional⁷⁷.

La práctica del movimiento socialista internacional durante el siglo xx, tanto en sus formas estalinistas como socialdemócratas, evidentemente ha estado muy alejada de este modelo de organización de partido que ofrecían los marxistas hegelianos de la década de 1920. Con independencia de cómo expliquemos *este* contraste entre teoría y práctica, la apelación aquí a Gramsci y a Lukács sirve, al menos, para subrayar un punto al que se hizo referencia antes: el compromiso de Bourdieu con la lucha contra el neoliberalismo le ha llevado al terreno de los debates socialistas clásicos entre teoría y estrategia.

La vieja cuestión

Ciertamente, a pesar de las diferencias existentes entre las actuales intervenciones políticas de Bourdieu y Giddens, resulta llamativo que ambos tengan que enfrentarse a un conjunto notablemente parecido de cuestiones, que conciernen, teóricamente, a la relación entre mercado y planificación y, políticamente, a los límites estructurales impuestos por el capital incluso a las actividades de los Estados democrático-liberales. Esto sugiere que el problema al que se enfrenta la socialdemocracia no es tanto el de cómo «renovarla» o «reinventarla», sino el dilema que le ha perseguido desde sus orígenes: ¿hasta qué punto pueden las estructuras del capitalismo tolerar una mejora continuada de la posición relativa de la mayoría trabajadora?

La espectacular caída de Lafontaine nos ha hecho recordar con dureza los límites de esta tolerancia. Como lo expresó *The Financial Times*, «los líderes de la industria alemana han reclamado su cabellera»⁷⁸. La izquierda puede responder a esto, como a anteriores reveses, siguiendo uno de estos dos caminos. El primero consiste en adaptarse al orden existente, buscando mejoras marginales exageradas con la retórica del autoengaño. Este es, esencialmente, el camino

go, Bourdieu argumenta que «el análisis de la homosexualidad puede llevar a una *política* (o a una *utopía*) de la sexualidad que pretende diferenciar radicalmente entre la relación sexual y la relación de poder» (p. 131) y que el movimiento para la liberación de gays y lesbianas debería estar «a la vanguardia... de los movimientos políticos y científicos subversivos» (p. 134). Esta afirmación, que parece indicar una visión más optimista de las posibilidades de cambiar al menos algunas de las relaciones de dominación, pone en juego temas demasiado complejos y amplios para que puedan ser tratados aquí.

⁷⁷ G. Lukács, *History and Class Consciousness*, Londres, 1971, p. 299. [Ed. cast.: *Historia y conciencia de clase*, Orbis, Barcelona, 1985.]

⁷⁸ *The Financial Times*, 13 de marzo de 1999.

⁷⁹ W. Hutton, «The Last Days of Oskar», *The Observer*, 14 de marzo de 1999.

adoptado por Giddens: hay algo simbólico en el hecho de que Gerhard Schröder se enterara de la renuncia de Lafontaine de camino a un seminario para presentar la edición alemana de *The Third Way*⁷⁹. Alternativamente, se puede intentar identificar y reforzar las fuerzas capaces de desafiar las estructuras de la dominación capitalista. Bourdieu parece estar tanteando esta segunda opción. Para que lo haga con eficacia será necesario que se comprometa con la tradición marxista revolucionaria.